

BRILLANTES FESTEJOS CENTENARIOS

En el momento de redactar esta Crónica, aún está el ambiente nacional caldeado por el entusiasmo general y uniforme de la celebración del Centenario de la traída de los restos venerandos del Libertador a esta su tierra y ciudad natal.

Es necesario que "SIC" deje consignada, siquiera en términos de ahogada brevedad—, una reseña de los actos más salientes que han tenido lugar en la Capital durante los días 16, 17 y 18 de diciembre de 1942.

Explicitamente queremos advertir que las omisiones que pudieren cometerse en esta reseña, así como la referencia brevísima que hagamos de algunos actos, serán motivadas por el espacio limitado de que disponemos. Reseñaremos con especial preferencia aquellos actos que están más en consonancia con la índole de esta Revista .

El "Memorandum" oficial de los actos, publicado por el Ministerio de Relaciones Interiores, se abrió con la inauguración el día 16, de las obras de Pintura en el Panteón Nacional. Se trataba principalmente del plafón central de dicho edificio. Un lienzo de soberbias proporciones, que abarca todo el techo de la nave central, ha servido una vez más al exuberante pincel creador del genial Tito Salas, para volcar tesoros de composición, de color y de luz. "La Apoteosis del Libertador", que así se llama esta nueva gloria de la pintura americana, fué una difícil prueba de creación y de composición a la que tuvo que someterse el avezado pintor de Bolívar. Las dimensiones que se le ofrecían, la altura del techo y la posición violenta en que los espectadores

tendrían que mirar el lienzo; todas estas fueron dificultades que el artista venció con sobrada maestría. Pero por sobre todo, lo que más admiramos es el haber logrado, en un cuadro que había de pintarse en su sentido de largura, —totalmente desproporcionado del de su anchura— una insospechada unidad de conjunto. Es cierto que en el cuadro pueden distinguirse perfectamente tres partes principales: la colonia, la independencia y Bolívar arrebatado en triunfo en el carro de la gloria; pero las dos primeras están ejecutadas exactamente a manera de dos actos de un drama que terminará con la glorificación del héroe. De sentirse es que una obra de tan relevantes méritos, y sin duda la más difícil que Tito Salas ha ejecutado, no haya recibido los aplausos que en justicia se le deben. Nosotros se los queremos tributar aquí sin tacañerías. Sólo lamentamos no poder consignar un estudio más detenido de tan magnífica "Apoteosis".

El Gobierno Nacional puso especial empeño en reproducir lo más fielmente posible, aun en muchos de sus pormenores los actos y hasta la decoración exterior, tal como habían sido en 1842. Dos dificultades principales impidieron que la decoración exterior de edificios y calles resultase idéntica a la de hace cien años: por una parte, el tiempo disponible, —escasamente dos meses—, era insuficiente; y por otra, la escasez absoluta de las telas, cortinas, brocados, etc., que por razón de la guerra mundial no se consiguen en nuestros comercios, obligaba a utilizar de la manera más ingeniosa, lo poco que a mano se encontrase.

No obstante esas graves dificultades, la labor empeñosa del Ministerio del In-

terior y de las comisiones por éste designadas, dió por resultado un embellecimiento digno y un orden insospechado de Caracas durante los tres días conmemorativos. Desde la fachada misma del Panteón Nacional, bajando luego por la Avenida Norte hasta empalmar con la Sur, para luego cruzar en la Esquina de Sociedad hasta el templo de San Francisco, todo el trayecto era una doble e ininterrumpida fila de banderas y gallardetes tricolores, de estandartes morados con las iniciales S. B., y de escudos y trofeos. La calle central, abierta expresamente en la plazoleta que da frente al Panteón, ostentaba un tupido bosque ordenado de gallardetes con los colores nacionales de las seis repúblicas bolivarianas.

Especial trabajo reclamó el arreglo del histórico templo de San Francisco, donde tuvo lugar el acto central de los homenajes del día 17. La Comisión de Arquitectos, compuesta por los Doctores Luis Chataing y Luis Malaussena, desempeñó de la manera más airosa y eficaz su cometido. El primer acierto fué el proceder a descubrir el viejo techo colonial, que por más de cincuenta años se ocultaba tras la postiza e impropia bóveda de tablas que todos conocimos, El Ministro del Interior fué en persona al templo, observó por sí propio el viejo artesonado, y ordenó el derribo de la mencionada bóveda.

En el amplio presbiterio fué levantado un majestuoso y sobrio catafalco dorado, que remataba en una alargada pirámide trunca, cubierta por amplio manto de terciopelo negro. A ambos lados de este monumento, había cuatro grandes pebeteros. El techo del presbiterio veíase tapizado por anchas franjas de tela de los colores nacionales. El templo todo no recibía más luz natural que la que penetraba por las tres puertas de la fachada. El catafalco se alumbraba con luz indirecta de potentes reflectores ocultos entre el cortinaje. El altar para la Misa Pontifical ocupaba el resto del presbiterio, así como el trono para el Arzobispo oficiante.

Todo el interior de la iglesia lucía tapizado de telas moradas; las columnas recubiertas de negro, y sus capiteles remataban con banderolas recogidas sobre escudos.

Dos filas de hachones de gran calibre, sobre altos candelabros, formaban calle

en la nave central. Al comienzo de esta nave, al lado del Evangelio, se alzaba el trono presidencial.

La vista de conjunto de San Francisco, así preparado, arrancaba de labios de todos los concurrentes, frases que debieron sonar muy agradablemente en los oídos de los diligentes planeadores y ejecutores del proyecto. El viejo templo colonial volvía a lucir, sobre todo, la esbeltez de su techo artesonado, y la correcta amplitud de su arco toral. Parecía como que una inyección de vida lo había hecho incorporarse —con agilidad insospechable—, sobre sus cimientos, para prestar su concurso en los honores a Bolívar, tal como lo hiciera por última vez justamente cien años ántes.

Complemento de la adecuada ornamentación del templo, vino a ser la parte musical que de acuerdo con el ceremonial litúrgico de difuntos, preparó y dirigió el Maestro Juan B. Plaza. La Orquesta y Coro de voces, —conjunto de casi cincuenta profesores— interpretó al principio la Tercera Lección del Oficio de Difuntos, obra compuesta expresamente por el Maestro Montero para los funerales del Libertador en 1842. Para la Pontifical, cantóse la Misa de requien del Maestro Plaza.

La música fué digna del acto. La interpretación y la dirección tuvo que ser de gran esfuerzo, para poder compensar la falta total de resonancia que ofrecía el coro de la iglesia a causa de las muchas telas que aún allí, como en todo el resto del templo, absorbían y amortiguaban notablemente los sonidos.

DESFILE DEL 17

Fué parte importantísima de la celebración fúnebre del día 17, el imponente desfile que partió desde el Panteón Nacional, a las 9 a. m., en dirección Sur, hasta la Iglesia de San Francisco. La carrera, adornada según se ha dicho más arriba, la acordonaban en toda su longitud dos filas de soldados.

Rompían y cerraban el desfile oficial dos pelotones del recién creado cuerpo de Guías de la Guardia, a caballo, trajeados con el vistosísimo uniforme usado en tiempos del Libertador. En esta ocasión hacían su primera aparición pública; y ciertamente la admiración y aprobación pública fué unánime.

Seguían a continuación del primer pelotón de Guías, las Escuelas Nacionales:

Naval, Militar, de Aviación, de Seguridad; todas en riguroso uniforme de gala. Delegaciones de los Estados, Arzobispos, Obispos y Clero cerraban esta primera mitad del cortejo; inmediatamente, colocada en rico cojín sobre un armón de artillería, venía la Espada del Libertador. (1) Seis cadetes de la Escuela Militar, tiraban del armón, al tiempo que cuatro Generales empuñaban sendos cordones de honor que salían de los lados del cojín.

Cerrando escolta alrededor de la Espada, iban los Estandartes de las Escuelas Militares de las Repúblicas bolivarianas. Delante del armón, pero separado de éste, Guías de la Guardia llevaban de la rienda dos caballos negros, cubiertos de ricas gualdrapas.

Tras de la Espada marchaba el Presidente de la República, en uniforme de General, seguido por su cuerpo de Edecanes. Y luego, por orden protocolario seguían los Poderes Legislativo, Judicial, Ejecutivo; Cuerpo Diplomático, Especial y Ordinario; Misiones Militares; Concejo Municipal; Universidad Central; Academias, Institutos, etc.

Durante la hora y media que es tardó en el recorrido, el público que abarrotaba calles, ventanas y balcones, guardó la más correcta actitud, digna del ambiente

(1) La Espada del Libertador, regalada a éste por el Perú el año 1825, después de la Batalla de Junín. Joya artística e histórica de incalculable valor. Solamente el total de brillantes en ella engastados llega a *mil cuatrocientos treinta y tres*. El significado de llevar procesionalmente dicha Espada en el desfile de este día, lo explicó hermosamente el Sr. Presidente de la República en su Discurso, con estas palabras:

“Hemos llevado la espada de Bolívar en simbólica procesión, para tributarle la oblation del afecto y la gratitud inmortales a ese noble pedazo de acero que está iluminado del contacto de su mano. Hemos llevado su espada ocupando el lugar de sus restos en la procesión centenaria y lo hemos hecho con el ritual y el propósito de destacar un ideal afirmativo. En lugar del humano despojo traemos el instrumento poderoso de la acción, la alegórica espada bolivariana que armó el brazo, que ejecutó el pensamiento americano para transformar en realidad, a golpes de tenacidad heroica, los altos ideales colectivos que no habían todavía tenido la virtud de convertirse en hechos vivos. Hemos rendido homenaje a un instrumento de acción, al incomparable instrumento de la acción más grandiosa que recogen nuestros anales, que es la acción por medio de la cual la América tomó en sus manos su propio destino y empezó a trazar su arduo camino por la historia”.

fúnebre del momento. La marcha se hacía con rigurosa lentitud, acompañada por la música de varias bandas. Las 10,30 a. m. serían cuando el cortejo penetró en la nave central de San Francisco. Ya las naves laterales se veían colmadas del público que mediante invitación oficial del Ejecutivo había logrado acceso al interior del templo.

El armón de artillería detúvose a la puerta de la iglesia. Cadetes y Generales tomaron en sus brazos el cojín con la espada, y entrando procesionalmente, lo depositaron sobre la peana preparada en los escalones al pié del altar donde luego se celebró la Misa Pontifical.

Durante ésta, reinó una perfecta armonía entre el público y el ceremonial litúrgico. Poco más de dos horas duró el funeral. Tanto las ceremonias de la Misa, como la entusiasta Oración Fúnebre, y el Responso final solemne, merecieron tal atención e interés de parte del público, que no se observó la más leve nota de cansancio o de inquietud.

Eran pasadas las doce y media del día, cuando organizado de nuevo el desfile en la misma forma en que viniera, salía por la puerta mayor de San Francisco, en dirección Oeste, para entrar por la puerta del Palacio Legislativo, —frente a la Universidad—, y atravesando los jardines del Capitolio, ir a reunirse bajo la gran cúpula del Salón Elíptico. Allí se colocó de nuevo en puesto de honor la Espada del Libertador. Y se esperó los momentos que faltaban hasta la 1,07 p. m., hora en que murió Bolívar. Un toque de corneta anunció a toda Caracas este instante oficial. Y según orden del Ejecutivo, en todo el territorio de la República se guardó un minuto de silencio en memoria del Padre de la Patria. En ese momento las campanas de todos los templos ofrecieron a Dios el sacramental litúrgico de los dobles.

La nota cristiana de estas fúnebres, campanadas, en todos los templos de Venezuela, cerró los actos oficiales de este día de luto y de recogimiento.

OTROS ACTOS IMPORTANTES

Dejaremos siquiera constancia, en esta Crónica, de la inauguración, en el Palacio de Justicia de Caracas, de la estatua en bronce del Licenciado Miguel José Sanz, padre de las Leyes en Venezuela.

Dos importantes exposiciones quedaron inauguradas y abiertas al público el día 16: la Exposición del Libro Bolivariano, en la Biblioteca Nacional, y la Exposición de Retratos del Libertador, en el Museo de Bellas Artes. De la primera diremos que con ser de sumo interés por las riquezas bibliográficas que contiene, se resiente de falta de orden en la disposición de las distintas obras; defecto tanto más de sentir mientras no se haya publicado el Catálogo correspondiente, que no ha estado a tiempo. La exposición de Retratos da la impresión de conjunto un poco pobre. Pero todo visitante sale satisfecho de haber podido admirar obras de tanto valor como el Bolívar equestre de Michelena, traído expresamente de Valencia por especial diligencia del Ministro del Interior.

Especial mención haremos de la inauguración del Museo de Arte Colonial, que tuvo lugar el día 16, a las 12 m. Hacía mucho tiempo que Caracas necesitaba este Museo. El vandalismo modernizador venía destruyendo sistemáticamente cuanto de arquitectura y arte colonial quedaba por Caracas. Era la conclusión lógica a donde nos llevaban casi cien años de incesante prédica de tanto historiador y "hombre culto" que ha renegado de todo cuanto sepa a colonia. Pero no faltaba un selecto grupo de verdaderos amantes del arte y de la tradición que iba en privado manteniendo ese fuego sagrado. La señorial mansión dieciochesca, la casa de Llaguno, ha quedado convertida, por obra de manos peritas y afanosas, en Museo Permanente de Arte Colonial, digno de presentarse ante la vista del anticuario más exigente. La idea central de este Museo ha sido, reproducir aun en sus mínimos pormenores, una mansión caraqueña del siglo XVIII. Y podemos asegurar al lector, que el intento —supuestas mejoras accidentales que irán viniendo—, se ha logrado a cabalidad.

La noche del 17 tuvo lugar el concurrendísimo Desfile de antorchas, desde la plaza de Los Caobos hasta el Panteón Nacional. El acto no logró todo el colorido y uniformidad que eran de esperarse.

La Revista Escolar en el Hipódromo Nacional con desfile, hasta el Panteón Nacional, de unos 20.000 estudiantes de Universidad, Colegios y Escuelas, fué uno de los actos más lucidos y ordenados del Centenario. Cierto que pareció un

poco forzada la marcha a pie desde el Hipódromo hasta el Panteón, tras del largo rato de parada y ejercicios, y teniendo en cuenta la corta edad y fuerzas de muchos alumnos concurrentes. Pero no hubo percance alguno que lamentar; y tanto los ejercicios gimnásticos de conjunto como el desfile, merecieron el más franco elogio.

La apertura oficial de las Exposiciones de la Producción Nacional, Industrial la una y Agro-Pecuaria la otra, se verificó en la tarde del día 18. La brevedad de tiempo de que se dispuso para preparar estas Exposiciones hacía temer por su éxito. Pero a la hora en que escribimos esto, no hay visitante que no salga satisfecho de su recorrido por ambas Exposiciones. Personalmente opinamos que el despliegue y vida de la Agro-Pecuaria sacan alguna ventaja a la Industrial. En esta última merece especial mención la sala de trabajos del Instituto Nacional de Técnica Industrial. En la Agro-Pecuaria, la sección de Avicultura y de Ganadería se destacan notablemente. Especial atractivo han dado a esta Exposición Agro-Pecuaria, las presentaciones costumbristas y artísticas que los diferentes Estados van teniendo en el Teatro al aire libre. Las orquestas y cantos regionales han despertado vivo interés en el público. Hasta ahora lleva conquistadas muchas palmas el Conjunto barioentero. Creemos éste un magnífico acierto en pro del acercamiento de nuestros Estados entre sí, y de la Capital con todos ellos; acercamiento que no puede cimentarse si no a base de un conocimiento simpaticante y mutuo que todos tengamos.

Especial solemnidad revistió la Sesión Solemne de todas las Academias Nacionales, celebrada el día 17, a las 4,30 p. m. en el Teatro Municipal. Asistían a ella tanto los Poderes Nacionales, como las Embajadas, Misiones especiales, organismos culturales, etc. Tras de las palabras de introducción pronunciadas por el señor Ministro de Educación Nacional, disertó el Dr. Cristóbal Mendoza sobre el tema "La Pasión de Bolívar hacia su tierra natal". El discurso de orden, por acuerdo mutuo de todas las Academias, le fué encomendado al Director de la Venezolana de la Lengua, Dr. J. M. Núñez Ponte. La parte musical del programa, a cargo de la Orquesta Sinfónica Vene-

zuela, dirigida por el Maestro Vicente E. Sojo, fué de exquisito gusto, tanto por la selección de las piezas, como por la esmerada ejecución .

ORADORES Y DISCURSOS

La serie de festejos del Centenario incluía necesariamente un número de discursos de orden, profanos y religiosos, encomendados a personas bien conocidas por sus dotes oratorias.

El día 16, en el Panteón Nacional se tributaron honras especiales a la memoria de un grupo de Próceres nacionales que acababan de ser inhumados en aquel lugar. Entre ellos, dos habían sido Obispos; Monseñor Méndez y Monseñor Uda. Encomendóse la oración fúnebre al brillante orador Monseñor Dr. José Humberto Quintero. Su discurso, filigrana de estilo, revelaba admirablemente serenidad y entusiasmo. La figura más destacada de todo el grupo de Próceres a quienes se estaba honrando, era sin duda la de Monseñor Méndez. Y el orador rindió sin regateos el más cumplido y valiente tributo, que de acuerdo con la rigurosa verdad histórica merece el esclarecido patricio, amigo del Libertador, y Arzobispo de Caracas.

La oración fúnebre de San Francisco, dió ocasión a Monseñor Enrique Dubuc, Obispo de Barquisimeto, para hacernos gustar una vez más las destacadas dotes de elocuencia que tantos admiradores le han granjeado, aun fuera de Venezuela. Nos presentó esta vez la figura del Padre de la Patria esbelta sobre el pedestal del triunfo en la adversidad.

El Dr. Núñez Ponte, orador de la Sesión Solemne de las Academias, no necesita presentación; es el último vástago de una pléyade de elocuentes tribunos que han honrado nuestras letras patrias. Su discurso vino a revelarnos un aspecto nuevo totalmente de la personalidad de Bolívar: la coincidencia admirable del pensamiento de nuestro Héroe con las doctrinas del Doctor Angélico. La parte final del discurso, fué una llamada encendida de entusiasmo bolivariano, hacia los ideales verdaderamente democráticos y nobles de nuestro Libertador.

Cerró oficialmente los actos públicos del Centenario el discurso que desde el

Hipódromo Nacional radió a toda la Nación el Sr. Presidente de la República. Su palabra entusiasta, patriótica y práctica, exhortó a todos a que "pongamos a andar las enseñanzas del Libertador, pongamos a vivir sus ideas y que su recuerdo sea avicirte y estímulo para la acción nueva y la nueva lucha". (2).

Mala fe y espíritu mezquino y sectario, por decir lo menos, muestra quien no reconozca como base de todos los discursos que en este Centenario se han pronunciado, una dosis colmada de justa admiración por el Libertador y por los otros héroes nacionales y un patriotismo a prueba de hechos, en cada uno de los oradores que los escribieron y pronunciaron. Por eso, los comentaristas fuera de tono, —indocumentados los más—, que salvo excepciones honrosísimas, (3) ha hecho la prensa, aun la que se auto-llama seria, no han servido a la postre sino para mostrar con realismo revulsivo tanto la falta de serenidad orientadora de un periodismo sincero, como la verdad incontrovertible de ciertas afirmaciones del Maestro de Juventudes, Dr. Núñez Ponte, en su discurso del Municipal. (Remitimos al lector a la Sección Vida Nacional, donde de espacio se trata este punto).

(2) Fuera de la Capital, entre otros discursos del Centenario, hemos leído con especial agrado la Oración Fúnebre q' nuestro eximio orador sagrado Dr. Rafael Peñalver pronunció en la S. I. de San Juan de los Morros. En ella además de la corrección y entusiasmo del estilo, se respira el ambiente propio de las oraciones fúnebres pronunciadas en Iglesias, que ha de ser ante todo religioso y sobrenatural. Reciba nuestro apreciado amigo Padre Peñalver una calurosa felicitación.

(3) Merece destacarse en lugar separado, la correcta y respetuosísima Carta abierta que el Dr. Héctor Cuenca, Ministro de Trabajo, dirigió al Dr. Núñez Ponte, en la que en tono mesurado propio del pensador digno, manifiesta no estar de acuerdo con algunas de las afirmaciones del orador del Municipal. (En "El Universal", 24 de diciembre de 1942) Modelo exquisito de sensatez, vigor intelectual, y dignidad ha sido la respuesta del Dr. Núñez Ponte para el Dr. Cuenca. (En "La Esfera", 27 de diciembre, 1942). Ambos escritores han mostrado cómo la caballerosidad y cortesía del hombre educado se compaginan bien con pareceres opuestos. Ha sido ésta una lección pública de dos Maestros; tal vez la de más práctica utilidad que el Centenario nos ha traído.

Pedro P. Barnola, S. J.